

algo que quizá se pierde al decir ‘existir’ (aunque esto aparece ya en la edición original). Esto dejaría más claro el punto que enfatiza Brentano, a saber que cuando se señala que al juzgar, i.e. “A existe”, en realidad lo fundamental es que se lleva a cabo un afirmar o un negar y no que se predique algo de algo (pp. 248-258). Por último, un detalle casi sin importancia pero valioso para posteriores ediciones, el título del capítulo encabezado “Representación y juicio” está bien escrito en el encabezamiento que abre la sección, sin embargo está mal escrito en el encabezado superior de cada página del capítulo, donde aparece “Presentación y juicio” (pp. 243-273).

Quisiera aprovechar la ocasión para felicitar y agradecer a la editorial y al traductor este fenomenal trabajo. La editorial Sígueme dentro de su colección Hermeneia lleva desde hace varias décadas ofreciendo al lector castellanohablante valiosas traducciones de obras filosóficas hasta entonces no accesibles, ya fuese porque las versiones anteriores estaban descatalogadas o porque dichas obras no habían sido antes traducidas. Por su parte, el traductor viene desde hace varios años contribuyendo a los estudios de la tradición fenomenológica con valiosas traducciones sobre todo de las obras de filosofía moral de Edmund Husserl, Max Scheler y Dietrich von Hildebrand. Espero que en el futuro continúen con esta tarea que aunque resulte a veces ingrata es sin duda indispensable para la transmisión del conocimiento y la difusión de la filosofía.

Miguel Martí Sánchez. Universidad Francisco de Vitoria
miguel.marti@ufv.es

COSGROVE, MARK

The Brain, the Mind, and the Person Within. The Enduring Mystery of the Soul, Kregel, Grand Rapids (IN), 2018, 180 pp.

Mark Cosgrove analiza el enigma del cerebro humano que con sus ochenta y seis millones de neuronas y solo tres kilos de peso es capaz de abrirse a la totalidad del universo y a la vez forma parte de la persona. En este sentido, en *Cerebro, la mente y la persona por dentro*

se pone de manifiesto cómo el eterno misterio del alma humana consistiría en estar unida a un cuerpo, sin por ello estar sujeta a los determinismos de la materia. Máxime en una época poshumana donde se plantea un dilema fundamental, a saber: o bien la ciencia otorga una primacía al cerebro humano al modo de una máquina material que regula todos nuestros posibles conocimientos (tal como también lo podría hacer un robot o una red informática); o bien se otorga una primacía ética a la persona humana por considerar que es el principio superior que regula el conjunto de conexiones neuronales que configuran el cerebro. Para justificar estas conclusiones la monografía se divide en diez capítulos:

1. “El cerebro humano, una introducción al misterio”. Se contraponen el punto de vista materialista neurocientífico acerca del cerebro humano y el punto de vista espiritualista cristiano donde la persona está abierta al mundo, a las demás personas y a un Dios creador del que dependen en su existencia. De ahí que los neurocientíficos hayan acabado reconociendo que siguen estando muy lejos de haber alcanzado los objetivos inicialmente propuestos, por no haber reconocido que el cerebro forma parte de una persona que a su vez ha sido creada por Dios.
2. “El cerebro sobre la mesa (de laboratorio): la anatomía de la mente”. Se comparan dos puntos de vista: el análisis científico de las conexiones cerebrales en el lóbulo central, parietal, temporal y en el cuerpo calloso; y, por otro lado, la capacidad de apertura de la persona al universo en su conjunto, así como a sus semejantes en general, como habría demostrado Einstein.
3. “Ríos de la mente: organizando el yo”. Se analiza la química del cerebro, sus capacidades de transmisión, ya sea entre dos neuronas o a lo largo del cerebro. De este modo la neurociencia habría concebido la conciencia como un gran musical, donde pueden interactuar todos los transmisores químicos, como puso de manifiesto Oliver Sacks en su *Musicophilia*.
4. “La dificultad del problema: los pixies neuronales y el espíritu divino”. Se comprueba como las meras conexiones neurona-

les no pueden justificar una ulterior apertura al universo, a las demás personas o incluso a sí mismo. Al menos así lo demostró la polémica entre David Chalmers y Thomas Nagel. Para el neurocientífico resulta suficiente explicar el origen de una célula a partir de otra célula madre más originaria, pero para justificar el comportamiento de la persona se necesita recurrir a un principio espiritual creado por Dios.

5. “Libre voluntad y conexiones libres: ¿Somos algo libre o no lo somos?”. Se reconstruye la polémica acerca del experimento mental de Libet sobre la imposibilidad de acciones libres que pongan en movimiento el sistema neuronal cuando ella mismas mantienen una mínima dependencia temporal de este mismo sistema. Sin embargo la existencia de actos criminales o el ejercicio de la propia sexualidad o el caso de John Polkinghorne —que de ser un científico materialista pasó a ser un pastor protestante— demuestran que la persona humana puede ser dueña de sus actos, incluido su propio cerebro.
6. “Recuperando el papel de Dios en el cerebro”. Se muestra cómo Dios no puede quedar reducido a una simple conexión neuronal ilusoria, por el hecho de que ciertas experiencias religiosas requieran de la actividad del lóbulo temporal o parietal. En este sentido las experiencias místicas de los franciscanos o los monjes budistas, o las creencias de un niño tampoco pueden reducirse a simples alucinaciones cerebrales. En su lugar muestran más bien que la referencia a Dios es una disposición natural que está presente en cualquier cerebro humano.
7. “La persona como núcleo de la personalidad”. La persona está escondida a la mirada del investigador, pero se sitúa por encima del cerebro. Al menos así sucede en los cerebros dañados por cualquier tipo de accidente o agresión, o el cerebro autista, que no por eso deja de ser persona. Al menos así lo demuestra el caso mismo de Oliver Sacks, o de los enfermos de parkinson.
8. “Recreando el ser humano: el futuro de las neuro-tecnologías y de las mentes robotizada”. Analiza los retos del llamado

mundo posthumano de las mentes dirigidas por un control remoto, o que trabajan a través de una red de conexiones neuronales. El mundo de los robots ha llegado y, sin embargo, se hace aún más necesaria la referencia a la persona o a Dios, si no queremos que la vida se vuelva aún más inhumana.

9. “El final de la materia: los cerebros embotellados”. De ser concebido como la solución de todos los problemas, han pasado a ser considerados un obstáculo a la hora de enfrentarse al enigma de la muerte. Al menos así ha sucedido en los casos de David Chalmers, Patricia Churchland, Paul Churchland, Francis Crick, Vilayanur Ramachandran. Son muy significativas a este respecto las posturas de Carl Sagan y C. S. Lewis, mostrando cómo la ciencia es compatible con la espiritualidad, aunque hayan llegado a esta conclusión por caminos muy distintos.
10. “Pensamientos acerca de las personas y sus cerebros: Tú nunca estarás fuera de mi mente”. Se resalta la importancia del enigma de la persona para la recta comprensión científica del cerebro.

Para concluir, una reflexión crítica. Sin duda la irrupción del llamado pensamiento posthumano ha radicalizado las diferencias en el modo en que la neurociencia y la ética analizan las relaciones entre el cuerpo, la persona y Dios. En este sentido, la compatibilidad neurocientífica entre estas tres nociones sólo demuestra que las pretensiones del cientifismo materialista de haber entrado en un mundo posthumano eran claramente desorbitadas. En su lugar, el reconocimiento del enigma del alma humana permite mostrar la libertad de la persona en la orientación dada a la propia actividad cerebral.

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es